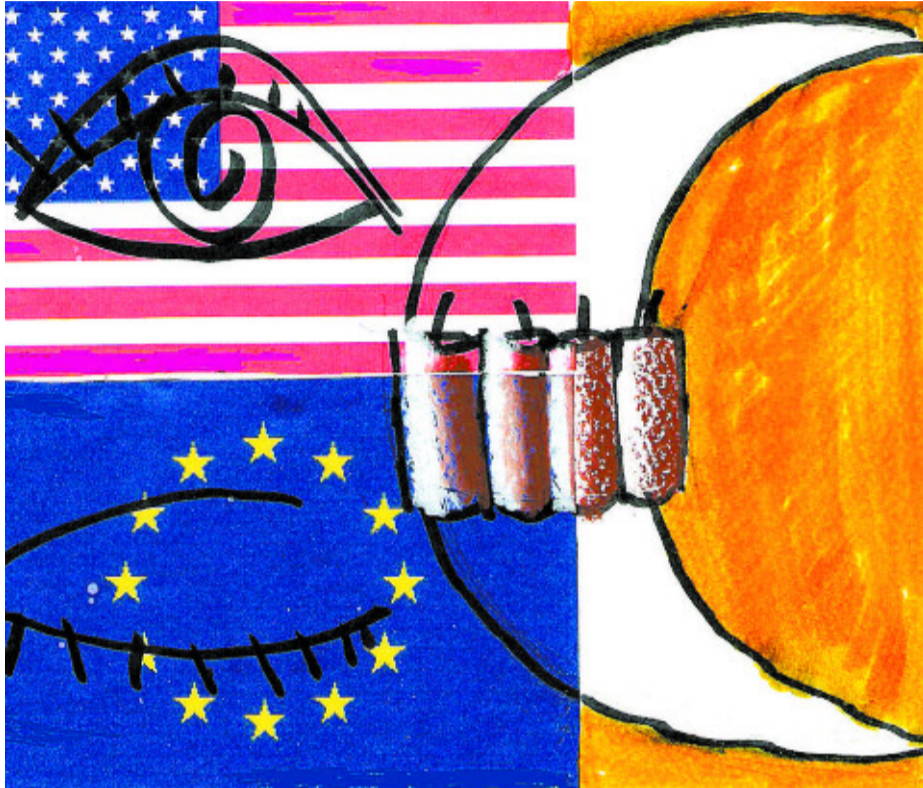


¿Puede existir un nihilismo de corte teocrático? Sin duda es un auténtico oxímoron, con notables méritos para formar parte de los grandes opuestos del lenguaje. Pareciera que la exaltación hasta el paroxismo de la trascendencia espiritual, no puede desembocar en la nada absoluta, como si intentáramos juntar a Santa Teresa de Jesús y a Nietzsche, y pretendiéramos no hundirnos en el intento. El filósofo alemán gustaba de decir que vivía en el abismo permanente y, en cambio, los grandes místicos, aseguran vivir en la plenitud. ¿Es, quizá, la plenitud espiritual otra forma de abismo? Sea como sea, no parecería fácil juntar ambas construcciones mentales si no fuera porque, por encima de la filosofía está la realidad, y ésta siempre supera las expectativas. Hoy, el fenómeno ideológico más serio, más trágico, más peligroso y, sin duda, más letal que actúa en el mundo, ha encontrado la fórmula para sumar el amor a Dios con el amor a la nada, y desde la nada, considerar que la vida no tiene otro valor que el valor de quitarla. Los guerreros del islamismo yihadista, entrenados en una cultura de odio y muerte, son nihilistas de manual, auténticas encarnaciones del vacío absoluto y, sin embargo, su lenguaje, su liturgia, su escenificación es, toda ella, religiosa. En cierto sentido son los antihéroes del hombre que buscaba Albert Camus en *Les justes*, no dudan como dudaba su personaje Kaliyev, sino, cual émulos de Stepan, matan y mueren sin ninguna fractura interior. Sin ninguna pregunta. Sin alma. Por supuesto, se trata de una socialización de la muerte como paradigma, y solo desde esa socialización, se puede entender la esencia del fenómeno y se puede calibrar su enorme dimensión.

Estos últimos meses, algunos colegas, que hasta ahora habían considerado que gentes como quien escribe, interesadas por el yihadismo islámico desde hace años, éramos unos demagogos, o unos alarmistas sin fundamento, o quizás directamente agentes infiltrados del Mossad —como esos vendedores de santos de Olot, que Pere Calders aseguraba que eran espías japoneses—, estos notables colegas acaban de ver la luz y descubrir la amenaza. Y cual setas después de la lluvia, aparecen bajo los árboles y llenan los micrófonos de sesudas explicaciones que, por dar, consiguen dar todas las respuestas que algunos llevamos años buscando. A problemas complejos, soluciones simples, dice el catecismo del buen populista, y debe ser un catecismo muy leído en las cátedras universitarias. Porque si el yihadismo se explicara con los argumentos que he oído estos días hasta la saciedad, especialmente en

## Liturgia teocrática, ideología nihilista

PILAR RAHOLA



PACO MINUESA

boca de los intelectuales orgánicos de la progesía, la cosa sería de reírse, mientras lloramos de pena. De entrada, y como era de esperar, parece que el terrorismo islámico no es más que una reacción violenta al imperialismo yanqui, que por supuesto es el responsable de todos los males que acechan al mundo islámico. Al mismo tiempo, el islam no es culpable de nada, más que de sufrir durante décadas y finalmente sublevarse. Todo el enfoque perverso nace de Occidente, y todo el victimismo paternalista se aplica a Oriente, con la clásica mirada *buenista* hacia el tercer mundo de *Quico el progre*. Proyectada la mirada maniquea, el planeta se divide entre las responsabilidades americanas, la dejación europea, que vive sin vivir en ella, y los pobres países del islam. Por supuesto, se ex-

plica el fenómeno en términos de pobreza, marginación y desesperación. Así cuadran los suicidas del Hamás palestino, los adolescentes entrenados en los campos de Hezbollah, los degolladores de personas iraquíes y hasta los suicidas que aparecen por el sudeste asiático. Se trata de dibujar piezas tópicas para organizar un rompecabezas que no rompa ninguno de los esquemas de la corrección política. Bien. Como una está para incoordinar, y tiene la manía de analizar la cuestión desde hace décadas, me permitiré algunos matices sensiblemente correctores del dogma *progre* sobre el yihadismo. Primero, el fenómeno, como ideología de masas en su versión moderna, nace en la década de 1920 en la Universidad de El Cairo, cuando ni existía Israel, ni Estados Unidos pintaba na-

da. Los grandes ideólogos fueron condenados a muerte muy pronto, pero sus seguidores, egipcios y sirios en su mayoría, se repartieron por Europa y fueron acogidos por lindos países como Suiza e Inglaterra, que veían en ellos una clara oposición a los regímenes de corte soviético. Muy pronto recibieron decenas de millones de dólares de Emiratos y Arabia, y su actividad, su logística, sus centros de estudios, sus míticas y toda la parafernalia del fundamentalismo islámico creció con extraordinaria rapidez, por todo el ámbito musulmán. Cuando, en 2001, a raíz del 11-S, se cortaron de cuajo los fondos que financiaban desde Europa el fenómeno, los bancos islámicos implicados llevaban décadas de actividad. No hay espacio en este artículo, para recordar lo que significó la guerra fría, pero no se puede explicar el fundamentalismo islámico sin hablar de la Unión Soviética. O sin hablar del terrorismo iraní, que mató a decenas de personas en Argentina. O sin hablar del papel de las dictaduras del petrodólar, activas en la financiación de una mirada integrista del islam. Cuando, en Palestina, empezaron a adoctrinar niños para la muerte, en campos de colonias financiados por Irán y, en su momento, Irak, nadie quiso ver el fenómeno como lo que era: la derivada palestina del nihilismo integrista, un nihilismo que superaba la idea de un Estado palestino, para abrazar directamente la república islámica. Y tuvimos Bali, Beslam, Kenia, Turquía, centenas de muertos hasta llegar al primer atentado en Europa, Madrid, 11-M. Por el camino, Bush cometió el grave error de perpetrar una guerra inútil. Pero para llegar a Atocha, el fenómeno había atravesado mares y se había mundializado. En resumen acelerado: no es una ideología de pobres, sino profusamente financiada. No es una ideología de marginados, aunque use la marginación como munición. No es una ideología liberadora, sino todo lo contrario: su objetivo es el dominio integral del ser humano. No pretende liberar pueblos, sino crear una única Umma musulmana. Y, aunque sea difícil de digerir, no nace de la maldad americana, sino mucho antes, de una mirada regresiva, medieval y furibundamente antilibertaria del propio islam. Usa los errores de Occidente, pero nace de sus propios monstruos. Todo ello, y más, interactúa en el fenómeno, y sin entender la complejidad de décadas, lo único que conseguiremos serán algunas paridas mentales, de esas que quedan tan bien en las tertulias *progres*, simpáticas, políticamente correctas y totalmente inútiles.

[www.pillarrahola.com](http://www.pillarrahola.com)

En marzo de 2003 se iniciaba la guerra de Irak. Algunos, más que otras veces, dijimos que esa guerra era absurda (¿ha servido de algo?), falsa (los argumentos justificatorios eran excusas inconsistentes) y contraproducente (¿están las cosas mejor ahora que hace cuatro años?). Y, como toda guerra, inhumana: el coste en vidas es, ya, irreparable.

Cuatro años más tarde, los tres líderes políticos que impusieron la guerra al mundo han reconocido su error: a pesar de asegurar y jurar que en Irak había armas de destrucción masiva... éstas no han aparecido y, finalmente, han admitido que se equivocaron.

Es curioso, sencillamente han dicho esto: "nos equivocamos". Sin más. Ni han sido juzgados, ni han dimitido, ni tan sólo han pedido perdón por una guerra que ha causado la muerte de cerca de 100.000 personas (en los recuentos más bajos) y un máximo de 700.000 (según el estudio publicado en la revista *The Lancet*). Y... continúa.

Imaginemos que un vecino de un inmueble se lía a tortas con una familia del piso de abajo porque la acusa de estar haciendo obras ilegales que atentan contra la estabilidad del edificio, aunque el presidente de la escalera y el concejal de distrito hayan dicho que no tienen constancia de estas

obras. Al cabo de un rato, con el piso de abajo destrozado y varios familiares heridos o huidos, va y el tipo admite que sí, que se equivocó, que no había obras ilegales. Y, aun así, continúa en el piso, sin ningún tipo de sonrojo o aflicción. Sin exagerar, es precisa y exactamente eso lo que ha pasado con la guerra de EE UU y el Reino Unido en Irak. Sin duda, algo falla —y, por lo tanto, algo debería cambiar— en nuestro sistema internacional a la hora de garantizar de forma efectiva el respeto a los derechos humanos y a las normas básicas de convivencia y justicia.

Algunos también dijimos que luchar contra las armas de destrucción masiva era un objetivo loable y necesario. Que poco tenía que ver, eso sí, con bombardear y destruir países, sino, más bien con una política de impulso y apoyo decidido de los tratados globales de desarme. Estos tratados, en buena parte, han contado con la frialdad —cuándo no con la oposición activa— por parte del principal promotor de la guerra de Irak. Y es que, la verdad, mientras algunas de las principales potencias del mundo no den

ejemplo (EE UU no ha ratificado todavía el tratado para la prohibición de los ensayos nucleares de 1996; Gran Bretaña acaba de aprobar la renovación de su arsenal nuclear, etcétera) difícilmente se puede pretender que todo el resto de países hagan lo correcto. Pero, además, no podemos olvidar el grave impacto de las armas ligeras: son las que más matan. Según el informe que la red mundial IANSA presentó en 2006, cerca de 1.000 personas mueren al día por causa de pequeñas armas. Por eso, Kofi Annan acertó a decir que eran, de hecho, "las auténticas armas de destrucción masiva".

Así, debemos avanzar seriamente hacia la erradicación y control de las armas de destrucción masiva por su potencial peligro pero sin olvidar que es preciso controlar las armas ligeras y convencionales por su real y contrastado resultado de muerte. Después de mucho esfuerzo y trabajo, la Asamblea General de Naciones Unidas aprobó a finales de 2006 estudiar la creación de un tratado mundial para regular el comercio de armas. Teniendo en cuenta el inmenso drama que

supone el descontrol armamentístico, parece muy poco. Pero ésa es la realidad: disponemos de controles de todo tipo sobre temas nimios y, en cambio, no hay controles, ni supervisión, ni tan sólo información precisa sobre las transferencias de un producto tan dañino como las armas.

No sólo la industria militar está interesada en evitar el control. También los grupos y gobiernos que están detrás de las compras o de las ventas. Con alta coherencia, una vez más, EE UU fue el único país que se opuso a la aprobación de esta resolución. También, todo hay que decirlo, se abstuvieron Arabia Saudí, China, Irán, Israel, Pakistán, Rusia y Venezuela que, muy inteligentemente, dejaron a EE UU como pantalla de la negativa para quedar en un discreto segundo plano. Como se ve, enemigos acérrimos en muchos aspectos, pero fácilmente se pusieron de acuerdo en no apoyar una decisión básica para la seguridad humana más elemental como el control y la no proliferación de las armas. Significativo.

Sin embargo, muchos otros gobiernos han empezado a entender que con la inacción, pasividad o

participación activa en la irresponsabilidad armamentística, no se puede avanzar hacia un mundo más pacífico y seguro. El Gobierno español, sin ir más lejos, hizo en la conferencia de Revisión de las Armas Ligeras en Nueva York una apuesta firme por el control. Este discurso, por arte de magia, ha desaparecido cuando se ha puesto a redactar el anteproyecto de Ley sobre el Control del Comercio de Armas.

Ahora que vamos a revivir con emoción esa impresionante movilización cívica contra la guerra de Irak, bien estará señalar que para construir la paz es necesario concretar las explosiones esporádicas de buenos sentimientos con compromisos activos, firmes y coherentes favorables a la paz, el desarme y la protección de los derechos humanos. Trabajar eficazmente, por ejemplo, para conseguir el control del comercio de armas es un primer paso, entre muchos otros. Esperemos que el recordatorio de los anhelos de paz tan masivamente expresados sirvan de acicate para enderezar el trabajo pendiente. Porque, aunque algunos pretendan obviarlo, manifestarse contra la guerra de Irak, ayer, tiene bastante que ver con apostar, hoy, por el control del comercio de las armas.

Jordi Armadans es politólogo y director de la Fundació per la Pau.

## De Irak, armas y paz

JORDI ARMADANS